

LA NOVELA



del SABADO

JULIO ANGULO



Los
árboles
del huerto

N.º 77

Carlos acusa precipitadamente a su mujer Leonor de adulterio y, sin darle opción a hablar, la lleva a un convento de clausura a Alemania.



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



GRAN MUNDO

LA MAS LUJOSA
DE LAS REVISTAS ESPAÑOLAS

Dirigida por
AGUSTIN DE FIGUEROA

PROXIMAMENTE EL
NUMERO DE VERANO

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 PESETAS



PEDIDOS A ESPEJO, NUM. 6. MADRID

PROXIMO NUMERO

Liliana.—Enrique Siekienwicz.

-
54. **Farruquiño.**—Gonzalo Torrente Ballester.
 55. **Antonio.**—Eugenia Serrano.
 56. **Teresa Ferrer.**—Rafael Azuar.
 57. **La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace treinta años).**—Federico García Sanchiz.
 58. **La última dicha.**—Luisa Alberca y G. Sautier Casaseca.
 59. **De oro y azul.**—Josefina Carabias.
 60. **Los caballeros las prefieren castañas.**—Tono.
 61. **El fantasma.**—W. Fernández Flórez.
 62. **Los raíles.**—Miguel Delibes.
 63. **El tonto.**—Luis Molina Santaolalla.
 64. **Los serenos duermen de noche.**—Evaristo Acevedo.
 65. **Una aventura en el tren.**—José M.^a Salaverría.
 66. **Josechu y la señora.**—Luis de Castresana.
 67. **Mañana.**—Dolores Medio.
 68. **El criminal nunca gana (El caso de un provinciano en París).**—Iván Montiel.
 69. **Casa de amor.**—José Ortiz de Pinedo.
 70. **La niña.**—Carmen Laforet.
 71. **El fantasma de Canterville.**—Oscar Wilde.
 72. **Miedo a la vida.**—A. Martínez Olmedilla.
 73. **Eran cuatro.**—Elisabeth Mulder.
 74. **Illuscha.**—Fiodor Dostoyevski.
 75. **Colocación en Madrid.**—Roberto Molina.
 76. **Las campanas.**—Carlos Dickens.
 77. **Los árboles del huerto.**—Julio Angulo.

Tarifa de suscripción a «La Novela del Sábado»:

A 12 números	...	68 pesetas.
A 25 »	...	138 »
A 52 »	...	282 »

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 310512, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

El balcón más largo de la casa, el que parecía estar preparado para presenciar grandes desfiles cívicos o religiosos, estaba colgado en la fachada Norte; era tan largo, que sobraba balcón a izquierda y derecha: así caracterizaba de palacio la vivienda particular del arquitecto don Carlos Ruiz.

Frente al balcón, allá lejos, se veía el camino del cementerio, trazado por dos hileras de chopos; más cerca, los ladrillos en arcos medievales de la Encarnación, con su campanita pequeña, como para un toque de ánimas privado; mucho más cerca de la barandilla de hierro, árboles quebrantados por el aire, como retorcidos por un calambre mortal. Y al pie mismo del balcón, una carretera alborotada por coches de línea, por trallazos de arriero, por locos pedaleos de bicicletas trashumantes. En el cristal se estrellaba el frío y se iba acumulando en el verdín de la piedra, para blanquearla a media noche y que amaneciese con sudario de escarcha.

Detrás del balcón, una vida familiar como todas: tranquila en apariencia y, tal vez, turbulenta por dentro. Hasta que un día la casualidad vuelve del revés el artificio y se desbarata la armonía aparente.

Delante del balcón, sombras de reyes y de santos en vaivén hacia la casta, noble y áspera ciudad castellana.

Detrás del balcón, a las cinco y media de la tarde...

—¡Ay, Nazaria!

—¡Estate quieta, Cristina!

—¡Me haces daño!

—¿Cómo quieres que te peine, si no paras de moverte?

Para la pequeña Cristina, con sus siete años nerviosos y su pelo rubio encrespado, no había momento más desagradable en el día, que la hora de peinarla Nazaria al volver del colegio. La vieja sirvienta hubiera dado años de vida porque la muchacha tuviese una cabellera más dócil, aunque fuera menos bonita.

—¡Qué ganas tengo de que seas mayor, para que te peines tú sola!

Había notado Nazaria que, cuando decía esto, Cristina se estaba muy quieta; y abusaba un poco de la muletilla para meterse a fondo a desbridar los bucles de la pequeña. La sirvienta decía aquello porque la servía un poco de camisa de fuerza para sujetar a la niña; sin pensar que, en el silencio de Cristina, fermentaba una idea que acaso no la gustase a la vieja. Y aquella tarde, cuando recurrió a su frase de efecto:

—¡Qué ganas tengo de que seas mayor para que te peines tú sola!

La muchachita contestó:

—Cuando yo sea mayor, tú ya te habrás muerto.

Entonces fué Nazaria la que enmudeció.

De pronto, la pequeña Cristina echaba a correr, escapándose de las manos de Nazaria, que tenía que esperar pacientemente su regreso, cuando le daba la gana a la niña.

—¡Si no fuera por el cariño que tengo a tu madre! —murmuraba entre dientes la doméstica. Pero estas palabras ya no las oía más que el peine, la cinta del pelo y el frasco de colonia.

Nazaria entró en la casa como ama seca de Leonor, cuando ésta tenía la misma edad que su hija Cristina ahora; y siguió con ella después de casada, para gobernar la vida de todos con una suavidad que hacía imperceptible su mandato. Con el único que no pudo nunca fué con Carlos, el marido de Leonor. Tenía un carácter duro, era seco en el trato; sólo se le notaba alguna flexibilidad con su hija Cristi-

na, a la que dedicaba sus mejores sonrisas y las pocas palabras dulces que era capaz de decir.

Aquella tarde fué imposible peinar a la pequeña. Más inquieta que otras veces, cruzó corriendo la galería descubierta que daba al jardín y llegó hasta el saloncillo del reloj. Como la puerta estaba cerrada, dió unos golpecillos en el cristal esmerilado.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres? —preguntó desde dentro Leonor.

—¡Me voy ya de paseo!

—Bueno, hija. No hagas locuras, ¿eh?

—No, mamá.

La chiquilla buscó a la doncella y se fueron a la calle. Nazaria seguía esperándola con el peine en la mano.

Todavía hacía frío en la ciudad; las torres, que abundaban por los cuatro costados, parecían adelgazarse en el invierno, como si el viento afilara sus campanarios. El viejo caserón donde vivían Leonor y Carlos daba a la placita de la Catedral, y había que cruzarla muy de prisa porque era donde el viento se clavaba en los huesos con más furia.

Cristina y Paula entraron en una pastelería de la calle Reyes Católicos; allí compraban todas las tardes dos ensaimadas, para comérselas la doncella y la niña a la mitad del paseo. Luego cruzaron por delante del parador donde encerraban los coches, de línea que iban a Gredos, dejaron a la izquierda el palacio del Obispo, y salieron al campo para que Cristina corriese un poco entre los árboles de un pequeño parque.

El paseo aquel día fué muy breve. Empezó a llover en seguida. El agua iba ennegreciendo las piedras y chocaba contra las cornisas de los balcones como si los apalearan furiosamente con una vara. Los pájaros se escapaban hacia sus nidos de las torres en un abrir y cerrar de alas inverosímil. Los tenderos vaciaban sacos de serrín en la entrada de sus comercios; las mulillas de los carros agachaban la cabeza como si les doliera la lluvia en los oídos; y las calles se

quedaron desiertas, para que se apiadasen de su soledad las gentes que miraban llover tras de los cristales de los balcones.

Para que la niña no se mojase mucho, Paula decidió guarecerse bajo los soportales de la Plaza de la Constitución. Las personas olían a humedad; y en los charcos goteaba la lluvia con repiqueteo triste. El cielo estaba rojo hacia poniente, como hoguera en brasas; lívido por el Sur; amoratado el que cubría la ciudad.

—Nos vamos a tener que ir, Cristina.

—¡Espera a ver si deja de llover!

—Es que tu madre va a estar intranquila, pensando dónde nos habrá cogido el agua —añadió Paula.

Aún se quedaron un cuarto de hora más; hasta que las tiendas encendieron los focos de la calle y se alegraron los maniqués con sonrisas de cera.

Daba pena ver los faroles del alumbrado público, abofeteados por el chaparrón, y sus columnas de madera como recién barnizadas. Cristina se divertía mucho cada vez que pasaba alguien por debajo de un desagüe de los tejados y le caía sobre el paraguas el chaparrón sonoro que le hacía encogerse sorprendido.

El frío dominó su intensidad de aire desenfrenado; el ritmo del agua se fué haciendo más lento. Ya se veían cruzar por la plaza muchachos decididos, con un saco a la cabeza a manera de capuchón; y los paraguas se plegaron sobre sus tallos de madera.

Cristina y Paula se cogieron de la mano y, de una carrera, se plantaron en casa. En los ojos llevaban el sobresalto luminoso de muchos escaparates cruzados en el camino.

El portalón tenía cerrada media hoja. El farol renacimiento de la escalera estaba encendido. Las húmedas pisadas de unos zapatos de hombre, con la punta orientada hacia el limpiabarros, decían que ya había vuelto Carlos de su estudio.

—Ésos son los pies de tu padre, Cristina —dijo Paula.

—Qué largos, ¿verdad?

—¿Qué quieres, que sean como los tuyos, que tienen diez años?

—Oye, entonces, ¿según va uno siendo mayor se alargan los pies?

—¡Claro que sí!

—¡Anda, pues si viviera el abuelito no le cabrían los suyos en el descansillo!

Nazaria salió a abrir la puerta. Luego volvió al cuarto de la niña para quitarle los zapatos. Allí estaba Leonor, tocando el abrigo de su hija, para comprobar si se había mojado.

Leonor no hablaba nada; tenía el entrecejo arrugado. La chiquilla, mirándola, exclamó:

—Esta noche estás más fea, mamá.

La madre no dilo nada. Estaba tan guapa como siempre: sus treinta y cuatro años, de una belleza bien cuidada, tenían un atractivo demasiado luminoso para una ciudad tan seria, tan enquistada en tradiciones. Aquella hermosura esbelta se veía subrayada por un gesto de preocupación, que era lo feo que notaba su hija.

—Nazaria, ¿dónde fué el señorito, que no le he visto?

—A su gabinete, porque creyó que estaba usted allí; luego, al saloncillo del reloj; después, se metió en su despacho.

En cuanto Cristina se calzó las zapatillas, se sentó en su mesita blanca de estudio y extendió sobre ella los cuadernos del colegio.

—¿Tienes mucho que hacer, nena? —la preguntó Leonor.

—Dos multiplicaciones y escribir tres veces las unidades de volumen, qué no me las he sabido.

—¡Ah, te han castigado!

—¡Es más tonta la señorita!

—Bueno, pues te dejamos sola, a ver si haces todo antes de cenar.

—¿Por qué no me haces tú las multiplicaciones, mamá?

—¿Yo? Pero niña, entonces, ¿cómo vas a aprender?

—A Pilarcita Serrano se las hace su abuela.

—Como tú no tienes abuela, te las tienes que hacer. Y no hablemos más, que de esa manera no las acabarás nunca.

Dieron las ocho de la noche en las campanitas lejanas de los conventos, en el ronco son de la catedral y en la torrecilla chata del Ayuntamiento.

Leonor leía una novela francesa en la butaca azul de su gabinete. Paula daba vueltas alrededor de la mesa del comedor, repartiendo platos, copas y tenedores entre los servilleteros de plata. Nazaria preparaba unos pastelillos en la mesa de mármol de la antecocina. Juana freía carne sobre la placa al rojo del fogón.

Ya iba Cristina por la segunda copia de las unidades de volumen, cuando se abrió suavemente la puerta de su cuarto.

—¡Papá!

—¡Hola, hija!

—Papá, he visto tus pisadas en el descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¿Sí?

—Has venido antes que yo.

—Un poquito antes. Pregunté por ti y me dijeron que estabas de paseo.

—Pero no me he mojado, ¿sabes?

—Yo sí, mucho.

—Nosotras estuvimos en los soportales hasta que dejó de llover.

—Eso es. Así debes hacer cuando te coja el agua en la calle.

—¿Y tú por qué no te metiste en los soportales, papá?

—Porque tenía que venir pronto a casa. ¿Has merendado?

—Sí; primero aquí, café; luego la ensaimada, como todos los días.

—¿Quién te sirvió el café, mamá o Nazaria?

—Nazaria.

Carlos cogió de la mesa uno de los libros de su hija y lo estuvo hojeando un rato sin interés. Era una Gramática que hizo saltar por sus ojos pronombres, adverbios y conjunciones en vertiginoso desfile. Luego se levantó a cerrar las maderas del balcón. Vino donde estaba Cristina; la estuvo acariciando la cabeza silenciosamente.

—¡Qué bien te huele el pelo, pequeña!

—¿Te gusta? Es que me perfuma Nazaria cuando me peina.

—¡Mira qué bien! La voy a decir yo mañana que me peine, a ver si me perfuma también.

—¡Tú eres mayor, papá!

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que tú te puedes perfumar solo.

Carlos dió unos paseos por la alcoba de la pequeña. Miró un calendario que había en la pared con el anuncio de una tienda de juguetes. Al fin cogió una butaca y se sentó al lado de Cristina. Movía los ojos en un ir y venir inquieto de la mesa a la niña y de la niña a la mesa. Buscaba el medio de encontrar una conversación con su hija.

—¿Ha venido a verte alguien esta tarde?

—No, papá.

—Entonces, ¿no habéis tenido ninguna visita?

—No.

—Y mientras tú has estado de paseo...

—Eso pregúntaselo a Nazaria.

—¡No! Nada de Nazaria.

La contestación de Carlos fué seca, rotunda. A Nazaria, no. Era a quien menos podía preguntarla.

La niña se levantó y fué a sentarse en las rodillas de Carlos.

—Oye, papá: esta noche me tienes que explicar la lección de los volcanes, que me toca mañana.

—Sí; esta noche.

El padre miraba fijamente al pico de la mesa que tenía cerca del pecho. La niña le pasaba las manos por las orejas y le miraba los detalles de la piel, la palidez de las mejillas, el promontorio de los pómulos. A Carlos le temblaban las entrañas cuando preguntó a Cristina:

—Tú sabes que yo no fumo, ¿verdad nena?

—¡Ya lo sé que tú no fumas!

—Ni mamá tampoco, ¿verdad?

—Tampoco mamá.

—Entonces, ¿de quién crees tú que será medio cigarrillo apagado que hay en el cenicero del saloncillo del reloj?

—Será de ese señor que viene todas las tardes a ver a mamá.

—¡Claro, hija, de ese señor debe ser! ¡No había yo caído! —dijo Carlos, deletreando las palabras como si las fuera mordiendo una a una.

II

Ni en la mirada, ni en el tono de voz, ni en los actos de su vida, pudo advertírsele a Carlos el menor síntoma del proceso terrible que se fraguaba en su imaginación. Tal vez había reducido sus palabras a lo preciso y estaba en casa lo indispensable. Por las tardes empezó a salir más temprano que de costumbre. A su estudio de arquitecto iba, como siempre, a las cuatro y media; pero a las tres ya no se le encontraba en el caserón de la Plaza de la Catedral.

Primero se detenía unos minutos en la puerta de la calle; ponía el reloj en hora, previa consulta a la torre románica del templo; y con su idea perforándole la frente, se iba alejando de la ciudad, para no ver ni las fachadas de los

viejos palacios que se mantenían con el orgullo de sus leyendas. Casas fuertes de Esteban Domingo, del Marqués de las Navas, de los señores de Palentinos, de los Velada, del Virrey Blasco Núñez de Vela.

El ideal de Carlos había sido siempre llegar al rango glorioso de aquellos escudos por su honestidad, por su fe rigurosa, por un hogar que diese ejemplo. Todo en armonía con el espíritu de aquellas piedras que encerraban edificios y hombres en un ansia de moral. Su carácter se había contagiado de la aridez del paisaje, fuerte y concentrada; tenía tal vez algo de la hosca impenetrabilidad de las murallas. Carlos amaba su ciudad castellana, y se quiso recluir allí porque se sentía como un pedazo vivo de ella, llevando en el corazón esencias del misticismo de la reformadora del Carmelo.

Hoy pesaba sobre su conciencia un suceso que la hacía huir de las calles. Y salió al campo por una puerta de la muralla: por la más pequeña, la más sencilla, la que sólo ostentaba sobre su arco un nido de cigüeñas por todo blasón.

En la serenidad de las pardas tierras castellanas se endurecía más su espíritu, y se le investía el alma de más austeridad moral. Como siguiendo la línea de piedra de las torres, subía al cielo los ojos, pensando que allí encontraría la narración gloriosa del Señor que en los libros le había dicho el Salmista.

Nunca pensó que pudiera llegarle aquel problema; y ahora estaba satisfecho de la serenidad con que había reaccionado ante él. Aún tuvo paciencia para ratificar con hechos lo que su hija le declaró desde su inocencia. Y un día vió la verdad por uno de aquellos caminos de roca y árboles secos. Leonor iba sola hacia el huerto que tenían en la carretera de Salamanca. A la puerta estaría esperándola seguramente quien fuese; no le importaba el nombre ni la figura. No le quería conocer.

—¡Y todo esto aquí —pensó Carlos—, donde la palabra de Dios se ha hecho piedra! ¡Donde el pueblo detesta el